

D Y N A

Revista de los estudiantes de la Facultad Nacional de Minas

Director: Carlos Posada P.

Redactores:

Ingo. Luis de Greiff B. — Ingo. Gabriel Trujillo U. — Sr. Jacques Delleur R.

AÑO XIV

SEPTIEMBRE - 1947

Nº 58

MEDELLIN - COLOMBIA — Apartados: Aéreo 1027
Nal. 47

Tarifa postal reducida — Licencia Nº 763 del Ministerio de Correos y Telégrafos

NOTAS EDITORIALES

Don Jorge Rodríguez

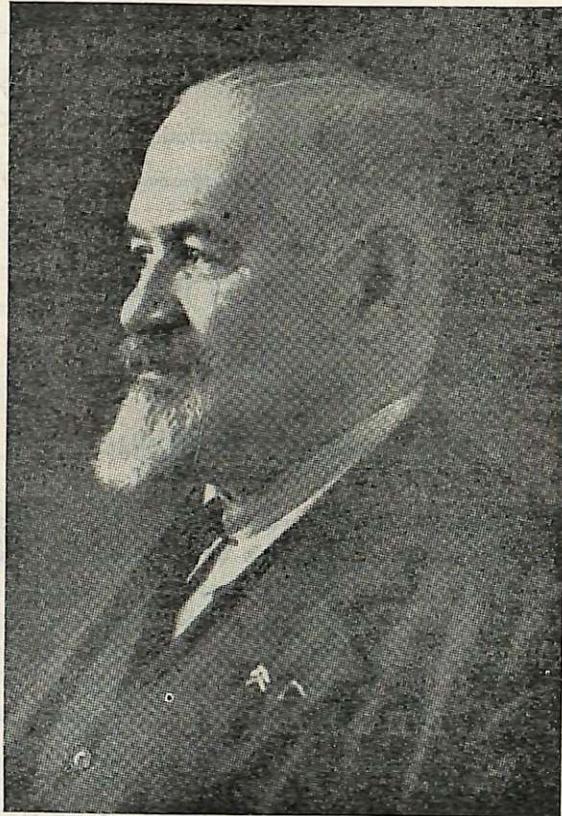
El 16 de julio pasado cumplió sus bodas de oro profesionales el doctor Jorge Rodríguez, decano honorario de la Facultad y una de las bases fundamentales de la hoy sólida estructura de ésta.

La Facultad de Minas tiene a don Jorge como cosa propia, como parte esencial de su gloriosa tradición, como emblema immaculado de todas sus virtudes. En su antiguo discípulo, viejo profesor y activo decano de otros tiempos, la Facultad ve reflejada su grandeza, consolidado su poderío, orientado su porvenir. Porque la historia de la Facultad está inexorablemente ligada a su nombre, tiene la austereidad de sus costumbres, la firmeza de sus convicciones, la brillantez de su inteligencia, el afán de progreso de sus empresas e iniciativas, el afán patriótico de todas sus actuaciones.

En el doctor Rodríguez admiramos con mayor fervor al profesor que al ingeniero. Y es que el profesorado exige apostolado, renunciamiento, consagración beatífica, entrega del futuro, capacidades excepcionales de sacrificio. Porque el profesor no obtiene altos dividendos ni crecidos balances, porque sus utilidades son netamente espirituales, porque sus ganancias son los conocimientos, la conciencia, el espíritu de justicia y de trabajo que sus discípulos adquieren. Y por este aspecto, qué gran-

des recompensas ha recibido el doctor Rodríguez. El ha plasmado el alma de muchas generaciones que hoy esparcen por todos los rincones del país el progreso, el adelanto consciente y planificado, como homenaje a su viejo profesor, como reconocimiento indestructible de la labor del decano y amigo.

Desde fundada esta Facultad en 1887, don Jorge Rodríguez ha estado a su lado, ha conocido de todas sus situaciones, ha estudiado todos



sus problemas, ha sentido sus necesidades, y a cada uno de ellos ha traído una solución, porque de ella dependía su vida que era la de la Escuela.

Esta nota quiere decir al doctor Rodríguez que su figura gallarda y elegante, todavía nos acompaña en estos claustros, sus lecciones aún las estudiamos y que en su vida aprendemos la más importante de las lecciones de patriotismo, la caballerosidad y la de la elevación del alma que es la única real y valedera.

En el homenaje a Don Jorge Rodríguez

Discurso pronunciado por el Ing. José M^a Bernal B., gobernador de Antioquia y presidente de la Sociedad de Ingenieros, durante el homenaje tributado al Dr. Jorge Rodríguez L. con motivo de sus bodas de oro profesionales. — 1897-1947.

Decir en Antioquia que se es Ingeniero y que se es discípulo del Profesor Jorge Rodríguez es un pleonasmico. El es el maestro por antonomasia y todos nosotros sus discípulos. Alguna razón habría de valer para que al cumplir diez lustros de meritaria vida profesional, fuera yo vocero para expresar el sentimiento colectivo de profunda admiración y de sincero aprecio con que todos lo hemos mirado y la emoción casi filial con que lo rodeamos en esta fecha. Aparte de la benevolencia de mis colegas que me distinguen con su personalidad, dos títulos decisivos alego:

Es el primero, que este homenaje tiene un carácter esencialmente nacional, como quiera que el gobierno de la República al frente de cuyos destinos se encuentra también otro colega nuestro y discípulo suyo, con ocasión del sexagésimo aniversario de la fundación de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, se ha asociado en nombre de Colombia a este público reconocimiento confiriendo al doctor Rodríguez la condecoración de la Cruz de Boyacá en el grado de Oficial. Como representante del gobierno nacional en esta sección me enorgullezco de colocar la insignia en su pecho, seguro de que en él la Patria que simboliza, se siente bien acogida por el calor de un verdadero corazón de patriota.

Y es el segundo, que tengo la vanidad de un privilegio que difícilmente será repetido. Mi diploma de Ingeniero Civil, fechado en 1919, lleva la firma de Jorge Rodríguez, como Presidente de Tesis; y el de mi hijo, de Ingeniero Químico, expedido en este año, 28 años más tarde, lleva el mismo autógrafo y en la misma calidad. Por qué no puedo aspirar a que la Providencia le permita signar también el de mi nieto?

Qué significado tan magnífico tiene para Antioquia la fecunda y silenciosa carrera del doctor Rodríguez. Los cincuenta años de vida profesional que ahora cumple, representan cincuenta mojones, que marcan una ruta precisa y definitiva para la preponderancia de este Departamento.

mento y para su engrandecimiento material y cultural. Si algo ha sido decisivo para el desarrollo industrial, técnico, económico, universitario de nuestro pueblo, es el espíritu creador, decidido irrevocablemente al triunfo, de sus hombres. Fue avara con nosotros la superficie de las montañas, y esa avaricia obligó a nuestros paisanos a ser varones de lucha, entrenados en arrebatar a los ríos sus diminutos granos de oro que ocultan cuidadosamente bajo el caudal de las aguas; o en perforar la montaña para extraer el tesoro que guarda celosa en sus entrañas; o en obligar al suelo infértil, al golpe de puro esfuerzo, a multiplicar la cosecha, pese al mal humor que expresa su arrugado ceño.

Esos ejemplares humanos recios forman la masa común de nuestro pueblo. Desde el más humilde hasta el más encumbrado, todos contribuyen armónicamente al desenvolvimiento de este conjunto social, que aún contra los comunes enemigos del trópico, sigue adelante con tenacidad y perseverancia, sosteniendo un puesto de avanzada entre todos los Departamentos, sin odios, sin malquerencias, con cariño fraternal, pero en perpetua emulación para lograr para Colombia el sitio de vanguardia a que tiene derecho entre los pueblos americanos.

La exuberancia de la selva, que a distancia aparenta un plano uniforme, se muestra así en los helechos y las lianas como en los gigantescos troncos seculares de maderas preciosas, sin que esa disparidad de tamaños, de formas y de valores rompa la armonía, ni merme la grandeza del conjunto. También en el accidentado recorrido de este siglo hemos tropezado entre la multitud de seres laboriosos y fecundos, que constituyen la raza propia, con árboles gigantescos cuya copa sobresale ostensiblemente, a cuya sombra se sostiene la frescura y cuyo tronco sirve de soporte a toda la naturaleza que los rodea. Enumerarlos sería difícil y peligroso. El doctor Rodríguez, desde su empinado pedestal los ve y los conoce. Estoy seguro de que, por ejemplo, están presentes con él Alejandro López, Túlio Ospina, Germán Uribe Hoyos, entre los idos. En esas columnas que hundieron sus fundamentos en sólida roca de la Escuela de Minas, para soportar el grandioso edificio de la nacionalidad, está apoyada la Patria. Loor a todos ellos!

Dije que nosotros somos los discípulos del maestro Rodríguez. Pero dije mal. No podemos reservarnos este privilegio. Porque sus discípulos no somos sólo los Ingenieros. En realidad somos todos los antioqueños. Sus lecciones han calado en todos los rincones y consciente o inconscientemente él ha inculcado sus principios a todos los hombres de trabajo. Ese vocablo creador que se llama eficiencia, ese concepto moderno de costo, esas ideas de promedios y medianas, ese discernimiento del taylorismo sin trasplante extemporáneo, todo eso se infiltró en los antioqueños al través de una escuela propia de la cual Jorge Rodríguez fue alma y motor con otros varones insignes. Y si éste fenómeno no fue

ra tan claro, quién no captó ideas y asimiló conceptos leyendo a "Maizópolis"? Al prologar su obra, otro titán, Alejandro López, presentaba a Rodríguez como maestro, cuando aún no llevaba la mitad de su apostolado de enseñanza. "Quien no conozca al autor de "Maizópolis" ya comprenderá que es todo un matemático decía el prologuista. Lo que sin duda no sabrán muchos es que hace veinte años —la mitad de su vida— viene ejerciendo el magisterio con sin igual prestigio".

Fue él inicialmente un profundo matemático. Todo el tiempo de que pudo disponer lo entregó al placer solitario de buscar obstáculos abstractos para tener la fruición de vencerlos con su gran poder analítico. Transformar polinomios, integrar, hallar senos y cosenos, expresar la fórmula analítica de una curva o trazar la proyección de un cuerpo sobre otro, fueron gimnasias en donde su espíritu generoso se deleitó a la vez que formó un concepto enteramente nuevo de la vida real. Y desembocó de esa permanente incursión en un campo que para cualquiera resultaría absurdo y que sólo pudo lograr un alma de selección como la suya: En hacer simple el complejo ajetreo de las Matemáticas puras hasta dominarlas, domesticarlas, y convertirlas en ameno tablero de ilustración; en lograr el encanto de lo que jamás lo tuvo; en hacer luz donde todo fue obscuridad.

Con ese acervo de erudición sazonado en un profundo y sincero conocimiento de la naturaleza humana, logró el milagro de hacer que un pueblo que no sabía lo que es estadísticas, que abominaba de los números aglomerados en cuadros y en gráficos, leyera con delectación y rumiara con provecho lo que hasta entonces fue una seca e inútil fila de guarismos sin sentido y sin atracción. Y en "Maizópolis" Antioquia aprendió esta mística, se inició en el conocimiento e hizo la gestación de su desenvolvimiento industrial.

Porque no me cabe duda de que esta inyección de crítica consciente y de análisis constructivo llevó a los paisas por caminos no sospechados a enrutarse en la prosperidad industrial que entonces —era apenas 1915— nadie soñó. Sólo quien vivía codo a codo con el profesor y colaboraba con él en esa nueva campaña por la libertad se atrevía a vislumbrarlo y entonces escribía: "Cuando las generaciones subsiguientes, educadas en un profundo respeto a la mujer puedan leer sin pesar esos altos porcentajes de hijos sin editor responsable ante la ley y la sociedad, entonces esas generaciones leerán complacidas esta historia numérica del ayer, escrita en los balbuceos de la industria, de la ciencia y de la civilización que nos hayan de seguir, por un investigador que estudió con verdadero rigor matemático, en algunas de sus manifestaciones, el estado actual de Antioquia, y que escribió la verdad hallada, alegramente, con valor, con desinterés".

Quienes nos sentamos en los bancos de las clases del doctor Rodríguez

guez somos testigos de cómo él con una consagración y constancia de apóstol, con una generosidad sin límites y con una pasión que se traducía siempre en esa sonrisa que se abre campo a través de una silueta que quisiera ser hosca, fue capaz siempre, en todos los cursos, en todos los tiempos, en medio siglo de ver desfilar estudiantes de toda índole, de hacernos amable su clase hasta el punto de volver amena una de esas horribles matemáticas puras, capaces de asustar al más impávido estudiante. Y quienes hemos luchado en la vida con la producción en cualquiera de sus formas, somos la prueba fehaciente de que las ideas del maestro sobre el sentido de los números no cayeron en vano en el suelo antioqueño, sino que crecieron y fructificaron con largueza para marcar el paso en la economía industrial.

Yo, en nombre de vosotros, me descubro reverente ante la figura noble, paternal, con la verdadera paternidad de quien engendra en el espíritu y en la Patria, del doctor Rodríguez. Lo presento, como vocero vuestro, al País, con orgullo como labrados infatigable cuyas huellas en la dura piedra del tiempo se han hecho realidad en el corazón antioqueño; y por su ventura personal y porque todos procuremos hacernos semejantes a él en sus virtudes acriolladas de Colombiano genial, brindo esta copa.

Julio 18 de 1947